

### TERCERA PARTE.

#### I.

#### El fantasma.

Al día siguiente, casi á la misma hora en que acabamos de separarnos de Roland, despues de haberse asegurado de que todos se hallaban acostados en el castillo de Fuentes-Negras, abrió el jóven oficial con toda precaucion la puerta de su cuarto, bajó la escalera reteniendo el aliento, y abierta sin ruido la puerta principal, escuchando un buen rato para convencerse de que todo continuaba en silencio, atravesó el patio, dirigiéndose resueltamente á la verja.

Giró esta sobre sus goznes sin el menor ruido, volviendo á cerrarse despues de haber dado paso á Roland, que adelantó rápidamente con direccien al camino de Puente de Ain á Bourg.

Dados apenas cien pasos, dejó oír un solo sonido la campana de San Justo, contestándola, como un eco de bronce, la de Montagnat: eran las diez y media!

Atendido el paso que llevaba el jóven, bastaban veinte

minutos para llegar á la Cartuja de Seillon, sobre todo si, en lugar de dar la vuelta al bosque, tomaba el camino que conducia directamente al monasterio.

Sabia demasiado bien Roland todas las particularidades del bosque de Seillon, para retardar inútilmente su expedicion diez minutos á lo menos. Encaminóse por lo tanto sin vacilar por lo mas espeso del bosque, saliendo, al cabo de cinco minutos, al otro lado de la arboleda.

Desde allí solo le faltaba atravesar una pequeña llanura para llegar á las paredes mismas del convento.

Empleó en hacerlo cinco minutos apenas.

Detúvose entonces como para reflexionar algunos instantes.

Quitóse luego la capa, y despues de haberla rollado, la tiró á la otra parte de la pared.

Desembarazado de la capa, quedóse con un paletó de terciopelo, un pantalon de ante blanco y unas botas muy altas y acampanadas.

Traia además al rededor de la cintura una especie de faja, en la que estaban colocadas dos pistolas.

Un sombrero de anchas alas cubríale el rostro, que era casi imposible distinguir.

Con la misma prontitud que se habia desembarazado de lo que podia estorbarle para salvar la pared, se dispuso á escalarla.

Buscaba con el pié algun hueco, que no le fué difícil en-

contrar, y apoyando la mano derecha en el borde, púsose de un salto á la otra parte de la pared casi sin tocarla.

Volvió á ponerse la capa, atravesando á grandes pasos el huerto, é introduciéndose por una pequeña puerta que, desde este, comunicaba con el convento.

Al penetrar en él daban las once.

Paróse para contar las horas, dando despues con la mayor calma una vuelta á todo el convento, mirando y escuchando con profunda atencion: nada vió, ni vino á herir sus oidos el mener ruido.

Presentaba el monasterio la mas perfecta imágen de desolacion y soledad; todas las puertas estaban abiertas: las de las celdas, la de la capilla, la del refectorio.

En este último sitio, que era una inmensa sala donde se conservaban aun cubiertas de polvo y arrinconadas las mesas de los austeros cenobitas, vió revolotear Roland cinco ó seis murciélagos, al mismo tiempo que, sorprendido de tan inesperada visita, un buho escapaba por una de las ventanas, dejando oír desde un árbol próximo su fúnebre canto.

—Bravo! exclamó en voz alta Roland; aquí convendrá, á lo que parece, establecer mi cuartel general; murciélagos y buhos forman la vanguardia de los fantasmas.

El sonido de una voz humana, resonando en aquella soledad entre ruinas y tinieblas, tenia algo insólito y lúgubre, que habria hecho estremecer al mismo que acababa de hablar, si el ánimo de Roland no hubiese sido, como él habia dicho, inaccesible al miedo.

Buscó un sitio desde el cual pudiese dominar todo el aposento: una mesa sola, colocada en uno de los extremos del refectorio, destinada sin duda al superior de la comunidad para las lecturas piadosas que tenian lugar durante la comida, ó para comer separado de los demás hermanos, parecióle un lugar muy á propósito para su objeto.

Arrimado á la pared, no podia ser atacado por la espalda, y desde allí, luego que sus ojos se acostumbrasen á la oscuridad, abarcaria con su mirada todos los puntos de la sala.

Buscando donde sentarse, encontró á pocos pasos un banco, que era probablemente el del lector ó superior que ocupaba aquella mesa.

Sentado detrás de ella, apartó la capa para hallarse mas desembarazado, y sacando del cinto las dos pistolas, dejó una encima de la mesa, y dando con la culata de la otra tres golpes sobre la misma:

—Abrese la sesion, dijo en alta voz; pueden presentarse los fantasmas.

Los que de noche hayan visitado algun cementerio ó iglesia, y sentido, sin conocer el motivo, la instintiva necesidad de hablar en voz baja en tan solitarios recintos, comprenderán la extraña impresion que habria producido en quien hubiese podido oirla aquella voz burlona y atrevida, que así osaba turbar la soledad y las tinieblas.

Vibró un instante en la oscuridad de una manera espan-

tosa, perdiéndose luego, sin dejar eco alguno, por las innumerables aberturas que con su irresistible acción había ido practicando el tiempo.

Como se había prometido, acostumbráronse los ojos de Roland á la oscuridad, y auxiliado además por la pálida luz de la luna que acababa de aparecer en el horizonte, introduciendo sus plateados rayos por algunas de las ventanas, érale fácil vigilar, de uno á otro extremo, aquel espacioso aposento.

Si bien interior ni exteriormente se notaba en Roland el mas ligero indicio de temor, estaba con todo muy distante de abrigar una entera confianza acerca de su seguridad personal; así que prestaba atento oído al mas leve rumor que le parecía percibir.

En tal estado dió el reloj la media para las doce.

Sobresaltóse á su pesar Roland, al oír aquel plañidero sonido, que venia de la iglesia misma del convento.

¿Cómo entre aquellas ruinas, donde todo presentaba la imágen de la muerte, el reloj, esta pulsación del tiempo, daba señales de vida?

—Oh! oh! exclamó Roland, ya no puede dudarse que veré algo.

Fuerza es decir no obstante que estas palabras fueron casi un *aparte*. La majestad del lugar y del silencio hubieron seguramente de impresionar aquel corazón de bronce, tan duro casi como el que acababa de enviarle aquel recuerdo del tiempo.

Lenta parecía entonces á Roland su marcha incesante y uniforme: alguna nube velaria asimismo la luz de la luna, puesto que se le presentaban mas densas las tinieblas.

Figurósele, á medida que se iba acercando la media noche, distinguir, por diferentes puntos, ruidos apenas perceptibles, confusos y de diversa índole, los cuales procederian indudablemente del mundo nocturno, que viene á relevar, en el ejercicio continuo de la creación, al que á dicha hora se entrega al descanso.

La naturaleza no ha querido que haya un momento de suspensión en el curso de la vida, regularizando alternativamente el movimiento y el reposo. Al igual que su mundo diurno, ha organizado su mundo nocturno, señalando su lugar á cada uno de los seres, desde el mosquito que zumba á los oídos del que duerme, hasta el león que anda rugiendo al rededor de la choza del árabe.

Pero Roland, criado en los campamentos, centinela perdido en los desiertos, Roland cazador y soldado, conocía demasiado tales ruidos para que hiciesen mella alguna en su ánimo.

De repente vino á herir de nuevo sus oídos, distrayendo su atención, el sonido de la campana, vibrando por segunda vez sobre su cabeza.

Daban las doce.

Oyóse el último sonido, que se estremecía en el aire como un pájaro con alas de bronce, perdiéndose luego poco á poco con tristeza, y casi podria decirse con dolor.

Pareció al mismo tiempo al jóven oír un gemido.

Aplicó Roland el oído hácia el lado de donde venia el ruido.

Volvióse á oír el gemido á menor distancia.

Levantóse apoyadas las manos en la mesa, y empuñando con cada una la culata de una pistola. Oyó entonces á su izquierda, á diez pasos de él, un roce parecido al de un vestido arrastrando sobre la yerba.

Apareció al mismo instante una sombra en medio de aquella gran sala. Asemajábase á una de las antiguas estatuas que se ven en los sepulcros; cubríala un ancho sudario que iba arrastrando á su espalda.

Dudó por un momento Roland de sí mismo. Era la preocupacion de su ánimo que le hacia ver lo que en realidad no existia? Era juguete de sus sentidos, de alguna de aquellas alucinaciones que la medicina consigna sin poder explicar?

Un nuevo gemido, exhalado por la fantástica sombra, desvaneció todas sus dudas.

—Ah! por vida mia! dijo soltando una carcajada, el partido es igual, amigo espectro.

Detúvose el fantasma, y extendiendo la mano hácia el jóven oficial:

—Roland! Roland! le dijo con voz sepulcral, es una impiedad perseguir á los muertos hasta dentro de las tumbas donde tú les has hecho bajar.

Y continuó el espectro su camino sin acelerar el paso.

Roland, admirado al primer momento, dejó su puesto para perseguir al fantasma.

El camino era difícil, lleno de escombros, piedras, bancos atravesados y mesas tiradas por el suelo.

Y sin embargo, al través de todos estos obstáculos, parecia haberse abierto un sendero para el espectro, que iba adelantando sin dificultad ni tropiezo.

Cada vez que pasaba por delante de una ventana reflejábanse sobre el sudario la luz exterior aunque muy débil, distinguiéndose entonces todos los contornos del fantasma, que, pasada la ventana, se perdía en la oscuridad para reaparecer y volver á perderse de vista muy pronto.

Roland, fijos los ojos en el que perseguia, temiendo perderle de vista si apartaba de él un instante su mirada, no podia examinar el camino, que tan fácil era para el espectro y tan lleno de estorbos para él.

Tropezaba á cada paso, yendo entretanto alejándose mas de él la misteriosa sombra.

Llegada á la puerta opuesta á la que le habia dado entrada, vió Roland que se abria paso por un oscuro corredor, comprendiendo que iba á escapársele:

—Hombre ó espectro, ladrón ó fraile, le dijo, detente, ó sino hago fuego.—No puede dos veces matarse un mismo cuerpo, contestó la fantasma con voz lúgubre, y no ignoras que la muerte ningun poder tiene sobre las almas.—Quién

eres pues? preguntó Roland.—Soy la sombra de aquel á quien tú has arrojado violentamente de este mundo.

Echóse Roland á reir, produciendo un efecto el mas aterrador aquella carcajada estridente y nerviosa.

—A fe mia, le dijo, si no me das otras señas, difícil será que pueda adivinar quién eres : son tantos los que pueden decir lo mismo!—Acuérdate de la fuente de Vaucluse, repuso la fantasma con acento tan débil, que mas parecia salir de su boca un suspiro, que palabras articuladas.

Por un instante sintió Roland, no desfallecer su ánimo, pero sí correr el sudor por su frente; recobrando no obstante toda su serenidad, gritó con vos amenazadora :

—Por última vez te prevengo, aparicion ó realidad, que si no te detienes, hago fuego.

Ningun caso hizo de esta amenaza el espectro, que prosiguió su camino con la misma pausa.

Apuntó con una de las pistolas Roland : hallábase el espectro á diez pasos de él, tenía la mano perfectamente segura, habia cargado él mismo las pistolas, acababa de introducir la baqueta á fin de que no le quedase la menor duda. Cuando se presentaba el espectro enteramente visible, distinguiéndose en toda su extension el ropaje blanco que le cubria bajo la sombría bóveda del corredor, hizo Roland fuego.

Iluminó la llama el corredor como un relámpago, continuando sin embargo el espectro su camino sin detenerse ni acelerar el paso.

Volvió luego á quedar todo en una oscuridad tanto mas profunda, cuanto mas viva habia sido la llama que brilló por un momento.

Habia desaparecido el espectro bajo aquellas silenciosas arcadas.

Lanzóse de nuevo Roland trás él, haciendo pasar á su mano derecha la pistola cargada.

Mas, por breves que fuesen los instantes que perdió, se le habia adelantado mucho la sombra, que descubrió de nuevo Roland al extremo del corredor, alta é imponente, en medio de las tinieblas de la noche.

Apretó el paso, llegando á dicho sitio al tiempo mismo que desaparecia el espectro tras la puerta de la cisterna.

Al llegar á la puerta, parecióle que se hundia el espectro en las entrañas de la tierra : tenia sin embargo descubierta aun todo el cuerpo.

—Aunque fueses el mismo demonio, gritó Roland, he de alcanzarte.

Y disparó al mismo tiempo su segunda pistola, que iluminó la profundidad donde se habia arrojado el espectro.

Disipado el humo, buscó Roland por todas partes : se hallaba solo.

Precipitóse tambien á la hoya, ciego de cólera; tanteó con la culata de las pistolas las paredes y el pavimento; mas á todas estas investigaciones contestóle siempre y por do quier aquel sonido mate, propio de los cuerpos sólidos.

En vano quiso escudriñar con su mirada el interior de aquella caverna, pues los débiles rayos de la luna no se atrevían á penetrar en ella.

—Ohé! gritó Roland, una luz! una luz!

Nadie le contestó: el único ruido que se oía era el murmullo del arroyo corriendo á tres pasos de él.

Persuadido de que era allí imposible toda ulterior pesquisa, salió de la zanja, y sacando un frasquito de pólvora y dos balas que guardaba envueltas en un papel, volvió á cargar las pistolas.

Retrocedió en seguida por el mismo camino, atravesando el oscuro corredor á cuyo extremo estaba el espacioso refectorio, volviendo á ocupar el mismo puesto que habia dejado para perseguir al espectro.

Cruzados los brazos sobre la mesa, esperó.

Mas las horas de la noche iban trascurriendo sucesivamente hasta encontrar la luz del crepúsculo, que permitia ya distinguir las paredes del claustro.

—Vamos, murmuró Roland, por esta noche todo ha concluido; quizás seré mas afortunado en mi segunda visita.

Veinte minutos despues, entraba en el castillo de Fuentes-Negras.

## II.

**Distracciones de provincia.**

Dos personas aguardaban la llegada de Roland; la una con angustia, con impaciencia la otra.

Fácil es adivinarlas: Amelia y sir John.

Ni una ni otra habian cerrado los ojos en toda la noche.

Amelia no manifestó su angustia mas que por el ruido de la puerta que se cerró al momento que subia Roland la escalera. Oyó Roland aquel ruido, y adivinando la causa, no quiso pasar á dos pasos de su hermana sin tranquilizarla.

—Soy yo, Amelia! nada de nuevo! la dijo.

Cuán léjos estaba de sospechar que su hermana temiese por otra persona! Lanzóse Amelia fuera del cuarto, cual si acabase de dejar la cama.

Por su palidez, empero, y por aquel círculo que al rededor de los ojos indica claramente el insomnio, era fácil conocer que habia pasado toda la noche en vela.

—Qué te ha sucedido, Roland? preguntó abrazando á su hermano con la mayor inquietud.—Nada.—Ni á tí ni á otra persona?—Ni á mí, ni á otra persona.—Nada has visto?—No digo esto, contestó Roland.—Qué has visto pues? Dios mio!—Despues te lo contaré; bástate por ahora saber que no hay que lamentar muerte alguna.—Ah! ya respiro.—Ahora